

CÁCERES, Esther de, Lectura de Romano Guardini, Revista *Tribuna Católica*, Año XXI, N° 2, Montevideo, Julio – Setiembre de 1955, Págs. 73 – 75.

LECTURA DE ROMANO GUARDINI – “De la Mélancolie” por Romano Guardini – Editions du Seuil, 1952. (Traducción del alemán por Jeanne Angelet – Hustache).

Esta obra del gran filósofo contemporáneo está dentro de su ámbito general caracterizado por el señorío del pensamiento clásico y de la forma equilibrada y originalísimo que algún crítico mostró como concierto de la “voluntad plástica romana” y la “nostalgia germánica del devenir” (Herman Platz), dos líneas relacionadas íntimamente con el sitio de origen del autor y con su país de formación. Nacido en Verona, trasladado desde muy pequeño a Alemania, donde se forma y donde crea su obra, ha podido mostrarse en Guardini “un sentido y un amor latinos de la forma de la expresión fijada sin duda hereditarios; y el gusto germánico del pensamiento evolutivo, del movimiento, del “devenir” adquiridos por la educación intelectual”.

Es así Guardini un pensador flexible y profundo, hábil para expresar los matices más delicados; pero nunca esta habilidad traiciona a la firmeza intelectual. En sus frases profundas y veraces brilla, como la hiedra húmeda sobre la piedra, rocío de sangre y rocío de lágrimas.

*

Muy limitada, por desgracia, es la lectura de Romano Guardini en nuestro medio. Quizá su libro más difundido es “Los Signos Sagrados”, obra de gran encanto, quizá demasiado literaria en relación con sus temas capitales, y que no cobra si verdadera trascendencia si no es con el conocer de otros textos que respaldan y acompañan a éste. “Los Signos Sagrados” podría ser, por ejemplo, la acotación fácil del profundo libro “El Espíritu de la Liturgia”; podría ser algo así como su vocero familiar; un libro de intención didáctica, muy superado, creo, por aquel más directo de María Montessori, “La Misa explicada a los niños”, verdaderamente ejemplar.

Entre las numerosas obras esenciales del autor, pilares de la cultura católica, señalamos hoy este libro sabio y consolador que en edición francesa se llama “De la Mélancolie”.

El sentido de lo sobrenatural toma un acento de particular interés cuando este autor aborda temas estrictamente psicológicos. En esos casos representa de modo insigne la reacción que ya se acusa en el mundo contra una Psicología de estirpe naturalista y contra los abusos del Psicoanálisis, cuya crítica puede encontrarse en términos autorizados y categóricos en autores como Maritain, Dalbier, Frankl, Eugenio D’Ors, y en libros como aquel de sugestivo nombre, el del psiquiatra español López Ibor, titulado “La Agonía del Psicoanálisis”.

Eugenio D’Ors en su hermosa obra “Introducción a la Vida Angélica” opone a la doctrina de lo inconsciente la afirmación de una sobreconciencia; y queda en ésta su teoría de la vocación y de la vida angélica.

Ahora Guardini estudia en el proceso de la Melancolía, la faz espiritual de este problema. Y nos dice: “El psicoanálisis ha intentado encontrar al proceso de la melancolía raíces sexuales. Sin entrar en sus generalizaciones absurdas que crean de la realidad una imagen no sólo desagradable sino también vulgar, en muchos casos tiene razón. El carácter profundamente instintivo, se diría más bien orgánico, de ese fenómeno, nos deja pensar así. Pero la explicación psicoanalítica no llega sino a cierto nivel del problema. Las verdaderas raíces se sitúan en el dominio espiritual”.

Esta afirmación se liga con un enfoque original del problema. Seguimos leyendo: “Hemos hablado del aspecto penoso, negativo del sufrimiento y del elemento destructor de la melancolía. Pero ya hemos entrevisto la grandeza, hemos visto surgir de esta desdicha un elemento precioso y noble.

Esta pesadez (“pesanteur”) de que hablamos da a toda actividad una densidad particular, una profundidad propia. En presencia de un ser, se adivina fácilmente si sus raíces tocan a la melancolía. Una existencia que se desarrolla en la claridad, causa alegría. Pero quien conoce ese otro dominio, no puede finalmente vivir sino con seres y pensamientos que están en contacto con esas profundidades. La grandeza, la verdadera, la absoluta grandeza, no puede existir sin esta presión que confiere a todas las cosas su densidad plena y que lleva las fuerzas del ser a su verdadera tensión: sin esa tristeza, en cierto modo congénita, de lo que Dante llama *la grande tristezza*, que no nace de una circunstancia particular sino de la existencia misma”.

“Y por otra parte esta sombría tristeza lleva a veces un fruto infinitamente precioso; si esta presión interior se abre, sube entonces esta facilidad de vivir, esta impresión de ser transportado que siente todo el ser, esta transparencia de las cosas y de la existencia, esta claridad en la mirada y esta infalibilidad en la creación de la obra, tales como Keerkegaard los ha descrito”.

Y muestra luego cómo de esta misma melancolía que suprime los valores, vacía de su contenido las formas y las realidades, despoja todas las cosas de su subsistencia y va así al vacío y a la saciedad; que rompe los lazos que sostienen la existencia y tiende a lo absurdo de la desesperación; de esta misma melancolía surge el elemento dionisiaco. Es, sin duda, el melancólico quien tiene relaciones más profundas con la plenitud de la existencia. Porque ella *“en su substancia más íntima es la nostalgia del amor”*. Del amor en todas sus formas y grados, desde la sensualidad más elemental hasta el amor supremo del espíritu. Estas palabras se alejan de toda valorización romántica de la melancolía y se sitúan en el nivel de aquellas tremendas con que se cierra un libro inolvidable de León Bloy: *“Sólo hay una tristeza: la de no ser santos”*.

Por eso puede el autor decirnos que generalmente médicos y psicólogos no relacionan las causas y la estructura íntima de la melancolía con la profundidad y la fuerza que ésta posee, considerada a partir de lo espiritual, considerada como inquietud que provoca en el hombre la proximidad de lo eterno, y que se vincula con una tentación doble experimentada por las critaturas, y sobre todo por el ser melancólico: la de perderse en el contacto directo con la naturaleza y los sentidos, o la de perderse en el contacto directo con el elemento religioso. En los dos casos se pierde de vista el punto capital: el límite, el elemento propiamente humano.

El autor progresivamente llega a plantear el problema de la melancolía buscando, con profundo acierto, las respuestas cristianas en las Epístolas de San Pablo, respuestas totales para un problema que “no puede encontrar ninguna solución aquí abajo”.

Y el libro termina con esta afirmación:

“Es solamente el misterio de Gethsemani –y en un segundo plano, el sombrío misterio del pecado con todas sus consecuencias–; es ese misterio el único que da la verdadera respuesta: el Señor ha estado triste hasta la muerte y ha llevado hasta el fin su pesada carga, conforme a la voluntad del Padre. Sólo en la Cruz de Cristo se encuentra la solución a la angustia de la melancolía”.

Tal es el plano profundo en que se coloca el autor, iluminado por el Espíritu Santo, llevado así a la concepción teológica que de la melancolía se da en fuentes paulinianas.

La obra, de capital interés para especialistas no limitados por la técnica o por los prejuicios ideológicos, es un singular planteo de tan apasionante tema para buenos lectores, un consejo inspirado y un aporte ejemplar para la Cultura Católica, considerada ésta según la definición magistral de Jacques Maritain: “La tarea intelectual del católico es una tarea difícil, tan difícil como

importante. Como hombre está en el tiempo y sometido a todas las vicisitudes del devenir. Como miembro del Cuerpo Místico de Cristo, está ligado a la eternidad, su vida más intrínseca se arraiga allá donde no se encuentra ni mutación ni sombra de vicisitud. Su inteligencia está fija en la Verdad primera... Debe pensar a cada instante bajo la luz de la eternidad el mundo que pasa y cambia”.

De esta actitud pueden encontrarse exponentes lúcidos en toda la extensa obra de Romano Guardini. Como su estudio sobre la Melancolía, sus libros de exégesis literaria, de Filosofía de la Historia, de reflexión sobre la Sagrada Escritura, o sobre el Espíritu de la Liturgia, están cuajados de signos resplandecientes por los que el autor sitúa entre los más nobles representantes de la Cultura Católica, entre los más insignes representantes de la Literatura y la Filosofía Contemporáneas.

Esther de CÁCERES.